

complicando y siempre su raíz íntima y su contorno vago flotarán en el misterio. Por otra parte, parece que el novelista debe proceder un poco en la forma indirecta y simbólica en que ha procedido Dios con la humanidad. No ha revelado enteramente sus planes y recursos, dejando siempre en torno de lo conocido una vasta zona de misterio. Así ha mantenido el interés apasionado del hombre por esta vida a veces tan limitada y mezquina, lo obsesiona con los enigmas del universo, lo espacia con sus bellezas, todo lo cual le va revelando poco a poco.

Quizás si nuestra extrañeza se deba a que nos hallamos ante algo inusitado e imprevisto, quizás si la novela no esté del todo bien lograda. De todos modos, es algo muy nuevo, y cuando la novela se haya enriquecido con el aporte científico, le corresponderá a su autor la honra indeleble de los precursores.—D. PERRY B.



AGRICULTURA CHILENA, por *Luis Correa Vergara*

La interesante síntesis con que la autorizada pluma de don Luis Barros Borgoño prologa esta obra, es un aliciente para que cualquier agricultor, aunque reacio a la lectura, se sienta estimulado a incursionar las novecientas y tantas páginas de los dos gruesos volúmenes en que el señor Correa Vergara, nos lleva de la mano, con claridad, y con amena y fácil exposición, a través del aspecto agrícola de la historia chilena.

Pero no es sólo al agricultor a quién pueda interesar este libro, y especialmente su primer tomo. Creemos que todo chileno medianamente ilustrado debiera conocerlo para darse cuenta hasta que punto la agricultura chilena influye en todas las demás actividades del país y cómo ella ha sido la materia prima, la savia nutritiva, que ha llevado la vida hasta los más apartados rincones de nuestro suelo patrio.

Remontándose a los tiempos incaicos de la pre-conquista, en que ya los Incas popularizaron entre los araucanos sus métodos de cultivo; pasando después por la época de la conquista en que los esforzados españoles, junto con la espada que los defendía y la picota con que arrancaban a la entraña de la tierra el codiciado oro, manejaban el arado para preparar el suelo que habría de darles el diario sustento; continuando a través de los períodos coloniales y de la República en su primera edad, cuando la actividad agrícola constituía la principal preocupación de los chilenos, y llegando finalmente al primer tercio de este siglo, en que la agricultura alcanza los métodos y adelantos de los países civilizados, el señor Correa Vergara, con su espléndido acopio de datos, alumbra hasta los últimos terminales de las múltiples ramificaciones de las labores agrícolas y la influencia que ellas tuvieron en el desenvolvimiento de la República.

Y, a medida que se interna en esta interesante obra, se siente uno inclinado a hacer extensiva a toda la agricultura chilena, la dedicatoria que con toda justicia presenta el señor Correa Vergara a la Sociedad Nacional de Agricultura, diciendo que «en sus 100 años de vida, ella se confunde con el crecimiento de Chile y que, en su seno, ha podido conocer su historia y la abnegación y patriotismo de sus hombres».

Fluye, con toda facilidad, cuando se avanza por las páginas de este enjundioso libro, la conclusión de que no es efectivo el cargo, tan ligeramente formulado, que la agricultura chilena sea rutinaria y de que no haya avanzado desde los tiempos de la Colonia.

No sólo se deduce ello de los datos precisos sobre los adelantos que, paso a paso, fueron introduciéndose en las más variadas ramas agrícolas por los agricultores mismos, por la Sociedad Nacional de Agricultura y otras entidades congéneres; ni de la enunciación de los progresos de la enseñanza y la labor ascendente de los establecimientos fiscales—cada día

renovada y puesta a tono con los últimos conocimientos por agrónomos estudiosos y preparados—; ni de la revista acuciosa de los nuevos métodos y maquinarias empleados, sino, también, de la comprobación numérica de datos estadísticos sobre la producción agrícola en las diferentes épocas de nuestra historia.

De vez en cuando el autor nos deja algo perplejos. Así, por ejemplo, refiriéndose a la escasez de recursos de la Caja de Colonización, que la ha obligado a parcelar en su mayor parte propiedades ya cultivadas, dice: «Pues la subdivisión de la tierra no es por ahora un problema de solución tan urgente». (T. II, pág. 44). Y, al referirse al cultivo de la beterraga sacarina, dice que él «facilita el cultivo intensivo y estimula la subdivisión de la propiedad, objetivo económico y social que es hoy una necesidad ineludible». (T. II, pág. 332). Más de un lector seguramente se dirá: Bueno, ¿a qué carta nos quedamos? ¿Es o no necesaria la subdivisión de la propiedad en Chile?

Análogas dudas tendrá algún lector al considerar los comentarios sobre las leyes sociales, pero, afortunadamente, como el señor Correa Vergara transcribe al mismo tiempo citas de autores que le merecen fe y todavía son recomendados calurosamente por él, el lector podrá sacar sus propias deducciones, a veces quizás distintas de las del señor Correa.

No cabría, dentro del reducido espacio de que disponemos, un mayor análisis de este oportuno libro, pero condensaremos nuestra opinión declarando que si en más de una ocasión hemos estado indecisos ante la pregunta de algún visitante extranjero acerca de qué obra sobre Chile le recomendaríamos leer, para tener una síntesis del desarrollo de la vida chilena y los factores que más han influido en ella, hoy no titubearíamos en recomendarle en lugar preferente, «Agricultura Chilena», especialmente su primer tomo.

Esto, que podría parecer extraño, considerando sólo el título de la obra, se explicará fácilmente por lo expuesto más

arriba y teniendo presente que en realidad, casi no hay actividad que no tenga contacto con la agricultura, en un país que ha sido hasta hace poco esencialmente agrícola, y cuyas demás actividades, minera, industrial, comercial, etc., tienen también por muchos capítulos una relación estrecha con los productos agrícolas.

Por su acucioso trabajo y la abundante fuente de informaciones que el autor proporciona a quién quiera seguir ahondando cualquier tema agrícola, el señor Correa Vergara, que junto con ser un agricultor y un gran conocedor de estos problemas—ha sido Gerente de la Caja Agraria, Ministro de Estado, etc.—merece el agradecimiento del país y en especial de aquella masa esforzada de nuestros conciudadanos que se dedican a las pesadas labores agrícolas.—ALFREDO WOLNITZKY.

(Oficina de Información y Experimentación Agrícola de la Universidad de Concepción).



LA MARCA, por *Victoriano Lillo*.—(Ediciones Ercilla, 1938)

Conocíamos una novela de Victoriano Lillo que mostraba en su autor, dotes excelentes de narrador y descripciones de costumbres muy logradas. Ahora intenta el cuento en un volumen recientemente editado por Ercilla. No pertenece al género de los innovadores trascendentales y más bien parece perfeccionar la vieja tradición chilena de los escritores que pintan el campo y la clase media dentro de un honrado realismo. Lillo, en ciertos relatos, da la sensación de un artista de comienzos de este siglo, sin que esto envuelva un reproche, sino una indicación de su raíz naturalista.

Enriquece, no obstante, el campo de nuestro cuento por su exactitud y por la tragedia que envuelven sus personajes,